



LIBRO II

LAS COSTUMBRES Y LOS CARACTERES

CAPITULO PRIMERO

Principio de las costumbres bajo el antiguo régimen.—La corte y la vida de representación.—Aspecto físico y carácter moral de Versalles.—La casa del rey.—Personal y gastos.—Su casa militar, sus caballerizas, su montería, su capilla, su cuerpo facultativo, su mesa, su cámara, su guardarropía, sus edificios, su guarda-mueble, sus viajes.—La sociedad del rey.—Oficiales de su casa.—Convidados á sus salones.—Las ocupaciones del rey.—Levantarse, oír misa, comer, pasear, cazar, cenar, jugar, bailar.—Está siempre en representación y en compañía.—Diversiones de las personas reales y de la corte.—Luís XV.—Luís XVI.—Otras existencias análogas.—Príncipes y princesas.—Señores de la corte.—Rentistas y medrados.—Embajadores, ministros, gobernadores, oficiales generales.—Prelados, señores y pequeña nobleza en provincia.—La aristocracia feudal convertida en una sociedad de salón.

UN estado mayor en vacaciones durante un siglo y más, al rededor de un general en jefe que recibe y da reuniones; hé ahí el principio y el resumen de las costumbres bajo el antiguo régimen. Por esta razón, cuando uno quiere comprenderlas, necesario es considerar ante todo su centro y su fuente, esto es, la corte. Lo mismo que todo el antiguo régimen, la corte es una forma hueca, la decoración subsistente de una institución militar; desaparecidas las causas, los efectos subsisten y el uso sobrevive á la utilidad. Antiguamente, en los primeros tiempos del feudalismo, en el compañerismo y la sencillez del campo y del castillo fortificado, los nobles servían al rey con sus brazos, éste arreglando su casa, aquél llenando el plato á su mesa, esotro desnudándole por la noche y el de más allá cuidando de sus halcones y de sus caballos. Posteriormente, en tiempo de Richelieu y durante la *fronda* como lo acreditan todas las memorias de

aquella época, y en particular las de Laporte, de 1632, entre las sorpresas y las bruscas exigencias de un peligro continuo, formaban la guarnición de su palacio, escoltábanle armados y le formaban un cortejo de espadas siempre prontas. Aún ahora le rodean asíduos, con la espada al cinto, aguardando una palabra, dispuestos á una señal, y los que de ellos son de mayor calidad hacen en su casa las veces de un servicio doméstico. Pero la pomposa apariencia ha reemplazado á la acción eficaz; ya no son más que bellos adornos, no instrumentos útiles; representan en torno del rey que á su vez hace otro tanto, y contribuyen al ornamento con su persona.

I

Necesario es confesar que la decoración es sobresaliente y que desde las fiestas del Renacimiento

italiano no se vió otra tan magnífica. Sigamos la hilera de carruajes que de París á Versalles rueda incesantemente como un río; caballos que se llaman «furiosos» y que según Mercier en su *Tableau de Paris* IX, 3, se alimentan de una manera especial, van y regresan de allí en tres horas. A la primera ojeada, se siente uno en una ciudad de especie única, edificada de golpe y porrazo y de una sola pieza como una ostentosa medalla acuñada expofeso y sin segundo ejemplar su forma, su origen y su uso son cosas á parte. En vano cuenta, según Leroi, en su *Historia de Versailles*, 70.000 almas de población fija y 10.000 de población flotante, con arreglo á los registros de la alcaldía, en vano es una de las más vastas ciudades del reino, ella está llena, ocupada, poblada por la existencia de un solo hombre; no es más que una residencia real dispuesta por entero para atender á las necesidades, á los placeres, al servicio, á la custodia, á la sociedad y á la representación del rey. Aquí y allá en los rincones y en el circuito hay los albergues, los puestecillos, los figones, los chiribitiles para los obreros los hombres de fatiga, los últimos soldados, la servidumbre accesoria; necesario es que haya covachas, pues ni aun la más bella apoteosis puede prescindir del artificio. Pero el resto no lo forman sino palacios y edificios suntuosos, esculpturadas fachadas, cornisas y balustres, escaleras monumentales, arquitecturas señoriales, espaciados y ordenados de una manera regular como un cortejo al rededor del inmenso y grandioso palacio al que todo va á parar. Las familias principales tienen aquí su servidumbre fija; á la derecha palacio Bourbon, palacio Ecqueville, palacio Tremouille, palacio Condé, palacio Maurepas, palacio Bouillon, palacio Eu, palacio Noailles, palacio Penthièvre, palacio Livry, palacio del conde de la Marche, palacio Broglie, palacio del príncipe de Tingry, palacio de Orleans, de Chatillon, de Villeroi, de Harcourt, de Mónaco; á la izquierda, pabellón de Orleans, pabellón de Monseñor, palacios de Chevreuse, de Balbelle, de Hôpital, de Antin, de Dangeau, de Pontchartrain; no acabaríamos nunca su enumeración. Añádanse á estos todos los de París, todos los que en un radio de diez leguas, en Sceaux, Genevilliers Brunoy, Ile-Adam, Raincy, Saint-Ouen, Colombes, Saint-Germain, Marly, Bellevue y otros mil puntos forman una corona de flores arquitectónicas de la que se lanzan todas las mañanas tantos avispones dorados para brillar y saquear á Versalles, centro de la abundancia y del esplendor. Entre hombres y mujeres, cada año tiene lugar la presentación de un centenar de

personas, según puede verse en el *Etat de la France*, de Warroquier, lo cual forma en todo, de dos á tres mil; hé ahí la sociedad del rey, las señoras que le hacen la cortesía, los señores que suben á sus carrozas; sus palacios están siempre prontos ó en disposición de ver llenas sus antecámaras ó sus salones.

Semejante sala requiere dependencias proporcionadas; han de contarse por centenares los palacios y edificios ocupados en Versalles, para el servicio particular del rey y de los suyos. Desde los Césares ninguna existencia humana tuvo tanto puesto en la tierra. En la calle de los Reservoirs, el antiguo palacio del gobernador de Versalles y el nuevo, el palacio del ayo de los hijos del conde de Artois, el guarda-mueble de la corona, el edificio para alojamiento y hogar de los cómicos que representan en palacio y las caballerizas de Monseñor. En la calle de Bons-Enfants, el palacio de la guardarropía, la habitación de los fontaneros y el palacio de los oficiales de la condesa de Provenza. En la calle de la Pompe, el palacio del gran Preboste, las caballerizas del duque de Orleans, la casa de los guardias del conde de Artois, las caballerizas de la reina y el pabellón de las Fuentes. En la calle de Satory, las caballerizas de la condesa de Artois, el jardín inglés de Monseñor, las neveras del rey, el picadero de la caballería ligera de la guardia del rey y el jardín del palacio destinado á los tesoreros. Por estas cuatro calles puede juzgarse de las demás. No pueden darse cien pasos en la ciudad, sin tropezar con alguna dependencia de palacio; casa del estado mayor de los guardias de corps, casa del estado mayor de la caballería ligera, palacio inmenso de los guardias de corps, casa de los gendarmes de la guardia, palacios destinados al jefe de los aperos para la caza del lobo, alconero y al montero mayores, al gran maestro, al comandante del canal, al registrador general y al superintendente de edificios, palacio de la cancillería, edificios para la alconería y cetrería de gabinete, dependencias para la caza del jabalí, gran perrera, perrera-delfin, perrera llamada de los perros verdes, cochería de la corte, almacén de construcciones y pequeñas diversiones, talleres y almacenes para las mismas, gran caballeriza, pequeña caballeriza, otras caballerizas en la calle de Limoges, en la Real y en la avenida de Saint-Cloud, huerta del rey comprensiva de 29 huertos y cuatro terrazas, casas y palacios llamados de los *Luisés* en que el rey da habitación por cierto tiempo ó vitaliciamente; con palabras escritas no se recibe la impresión física de toda esta física enormidad. Actualmente, de ese

antiguo Versailles mutilado y apropiado á otros fines, no restan más que trozos; id á verle, no obstante. Considerad las tres avenidas que desembocan en la gran plaza, de cuarenta toesas de anchas por 400 de longitud, y que no eran aún bastante desahogadas, para la multitud, el despliegue y la vertiginosa velocidad de las escoltas lanzadas á escape y de las carrozas corriendo «atropelladamente,» tanto que en aquella época había en París diariamente transeuntes alcanzados por las ruedas de los carruajes elegantes, pues los grandes tenían la costumbre de ir con mucha velocidad. Ved en frente del castillo las dos cuadras con sus rejas de treinta y dos toesas que costaron en 1682 tres millones, es decir, quince millones de ahora, tan anchas y tan bellas aún en la misma época de Luís XIV, tan pronto se utilizaban como campo de paseos á caballo para los príncipes, como para teatro ó sala de baile; seguid luégo el desarrollo de la gigantesca plaza semi-circular que de reja en reja y de patio en patio va subiendo cerrándose primero entre los palacios de los ministros y luégo entre las dos alas colosales para terminar en el fastuoso encuadramiento del patio de mármol, cuyas columnas, estatuas, frontones y multiplicados adornos amontonados de piso en piso llevan hasta el firmamento la majestuosa severidad de sus líneas y la recargada ostentación de sus adornos. Según Saint-Simon, refiriéndose á una Memoria de Mesnier, encargado de los edificios del rey en 1690, antes de la construcción de la capilla y del teatro costaba ya 100 millones, y según un manuscrito relativo al blasón de Mausart, y también según el conde de Hezecques en sus *Recuerdos de un paje de la corte de Luís XVI*, el palacio costó 153.282,827 libras, diez sueldos, tres dineros, es decir, cerca de 750 millones de la moneda actual. Cuando un rey quiere figurar se aposenta á este precio. Ahora echad una mirada al otro lado sobre los jardines, y su representación os será más sensible. Los parterres y el parque son también salones al aire libre. En ellos la naturaleza nada tiene de natural, toda ella está despojada y rectificada para un objeto de sociedad; aquello no es un sitio de esparcimiento y de retiro, sino para pasear y saludar en compañía. Los rectos vallados son paredes y colgaduras. Los recortados arbustos figuran vasos y liras. Los parterres son alfombras de verdura. En sus caminos rectos y cruzados, el rey con el bastón en la mano agrupará todo su cortejo en torno suyo. Sesenta damas con vestidos estampados y ahuecados sobre miriñaques de 24 piés de circunferencia se situarán ampliamente, como puede

verse en los planos y vistas de Versailles, por Avenue, en los peldaños de sus escalinatas. Sus senadores podrán cobijar una colación de príncipes. Bajo su pórtico circular, todos los señores que tienen acceso á la cámara real podrán presenciar juntos el juego de agua de un nuevo surtidor. Encuentran á sus iguales hasta en las figuras de mármol y de bronce que pueblan los paseos y las fuentes, hasta en el digno continente de un Apolo, en el aire teatral de un Júpiter, en la mundana licencia y el atractivo abandono de una Diana ó de una Venus. Los dioses mismos son de su esfera. Hundida con el peso de toda una sociedad y de un siglo entero la huella de la corte es tan profunda que se graba en los detalles lo mismo que en el conjunto y lo mismo sobre lo material que sobre lo moral.

II

Esto no es más que el marco; antes de 1789 estaba repleto. Como dice en sus *Memorias* Chateaubriand que había sido presentado en 19 Febrero de 1787. «Nada se ha visto cuando no se ha visto la pompa de Versailles, aún después de haber sido despedida la antigua casa real; Luís XIV estaba siempre allí.» Es un hormiguero de libreas, uniformes, trajes tan brillante y variado como en un lienzo; hubiera querido vivir ocho días en esta sociedad, es digno de retratarse; dispuesto expofeso para recrear los ojos como la escena de una ópera. ¿Mas cómo representamos hoy una gente para la cual la vida no era más que una ópera? En aquel tiempo á un gran señor le era indispensable el tren de una gran casa; su séquito y su aparato forman parte de su persona; fáltase á sí mismo si no los tiene tan amplios y magníficos como pueda; se le echaría en cara un vacío en su casa como á nosotros un agujero en el vestido. Si economiza, se rebaja; cuando Luís XVI emprende algunas reformas, la corte dice de él que se conduce como un burgués. Desde el momento en que un príncipe ó una princesa tienen algún tiempo se les pone casa y lo propio se hace con la mujer de un príncipe cuando éste contrae matrimonio; y entiéndase que poner casa entonces, equivalía á montarla con quince ó veinte distintas dependencias, caballeriza, montería, capilla, facultad médica, cámara, guardarropía, departamento de caja, mesa, pañetería, cocina, bodega, frutera, manguitería, cocina común, gabinete, consejo, etc.; parécete que sin todo eso no se tiene por princesa. Hay 274 empleos en casa del duque de Orleans, 210 en la de *Mesdames*, 68 en la de madame Isabel, 239 en la del conde